

Intervención del Presidente de la República en Seminario de CELAM  
SANTIAGO, 12 de marzo de 2003

Señor presidente, gracias por sus palabras y gracias por su invitación que me formuló el año pasado, cuando tuve el agrado de visitarlo en momentos difíciles para usted. Pero haciendo un alto en esos momentos difíciles, me dijo, "quisiera que nos viéramos en Santiago". Aquí estamos y muy honrado de poder compartir con todos ustedes. Compartir con todos ustedes en este Consejo Episcopal Latinoamericano, que se entronca ya en una tradición de varios decenios, que se entronca en algunas figuras que emergieron de nuestro clero, como Monseñor Larraín, u otras como Elder Cámara, que en aquellos momentos y en esa América eran un foco y un faro de irradiación de un pensamiento muy importante dentro de la Iglesia y más allá de la Iglesia.

Porque ustedes son una fuerza moral e intelectual para servir a Cristo, pero que en ese servicio lo trascienden y llegan a otros ámbitos, como al que usted se refería y reflexionaba sobre la actividad pública.

Es eso lo que hace, yo creo, que en este momento ustedes se reúnen aquí en el tema de la Gran Ciudad, que es, como usted muy bien dijo en esa referencia a nuestro novelista, "un perdido, aquel que llega del campo a la ciudad". Ese perdido que llegaba a la ciudad a finales del XIX y comienzos del XX, está un poco más perdido a finales del XX y comienzos del XXI. En esos 100 años de evolución del proceso de urbanización, los cambios tal vez han ido en la dirección opuesta al progreso. La ciudad ha crecido, la incomunicación ha aumentado, ante una paradoja de medios de comunicación que se han multiplicado. El hombre tal vez está, el ser humano, más solo en la gran ciudad ahora que a comienzos del siglo XX.

El Cardenal me decía que había estado algunos años en Chile; hacía recuerdos de San Bernardo, de tiempos mozos, y me decía "bueno, es que Santiago en aquel tiempo era distinto al de hoy y tal vez entonces la soledad en Santiago era menos sentida que la soledad de hoy".

Esto plantea, yo creo, un desafío que tiene que ver con, desde el punto de vista de ustedes, ¿cómo se evangeliza y cómo se llega a dar una palabra en la gran ciudad? Desde el punto de vista de las políticas de gobierno, ¿cómo se hacen políticas sociales que lleguen a esos sectores más necesitados, si los instrumentos clásicos que tenemos dejan de ser útiles?

A los dirigentes políticos nos gusta, claro, mostrar logros y no soy excepción. Entonces digo "sí, mire usted, desde el año 90 hasta ahora Chile ha crecido y gracias a que Chile ha crecido hemos bajado los límites de pobreza de un 40% de la población viviendo bajo línea de pobreza, a un 20%". Eso es cierto. Bajar del 20 al 15 se nos está demostrando más difícil. La indigencia, el nivel de pobreza más dura, es más difícil. ¿Y qué descubrimos? Que el grueso de esa indigencia más dura está en la ciudad y que el grueso de esa indigencia más dura no conoce ninguno de los instrumentos de políticas que se definen para combatir la pobreza. Están fuera, por así decir, de la sociabilidad del ser humano para entender lo que son sus derechos.

No sé si vale la pena compartir con ustedes, cuando tratando de entrar al tema de la indigencia propiamente tal me dicen los que saben de estas cosas, "pero, Presidente, en

Chile hay 220 mil familias indigentes y, por lo tanto, sabemos donde están, las conocemos con su nombre y apellido. Si usted quiere derrotar la indigencia, hace un gran esfuerzo y les manda un cheque cada mes y los pone sobre la línea de pobreza". Pero eso sería el atentado más fuerte a la dignidad del ser humano. Si esos mismos recursos usted los destina para una tarea concreta, puede ser algo distinto.

Quiero compartir con ustedes, porque tiene que ver con la gran ciudad. Me dijeron, "sabemos dónde están, sabemos las barriadas, sabemos los lugares". Nos planteamos entonces si era posible comenzar con 50 mil familias de las 220 y tener, para cada una de estas familias, lo que hemos denominado un apoyo familiar, una persona, la verdad, normalmente un joven o una joven, que sí conoce todo lo que son los instrumentos y herramientas del aparato del Estado: el derecho que usted tiene a una pensión asistencial cuando tiene una vejez sin ingresos; o el derecho que tienen a una beca de retención los alumnos de enseñanza media, que viven en familias en condiciones de pobreza, que van a tender a sacarlos de la enseñanza media para que se vayan a trabajar. Para evitar eso, hemos creado una beca especial para aquellos niños, que están en condiciones de botar la enseñanza, puedan continuar con una modesta beca. O el derecho a un subsidio de agua potable, porque ocurre que la cuenta le sube mucho del agua y usted tiene niveles inadecuados; o el derecho tan elemental como tener una cédula de identidad; o el derecho de tener una tarjeta que lo declara indigente y le permita acceder a los servicios de salud; o el derecho, etc., etc., etc., a una vivienda. Estamos haciendo un programa de vivienda, en donde con un ahorro no se paga el resto, de manera que la persona pueda después, con lo que habrían sido dividendos, ampliar la vivienda.

Es decir, todo el conjunto o batería de instrumentos que se dan los Estados modernos para llegar a los sectores más pobres, había en Chile un 12% de la población, 15%, que no los conocía, no sabía cómo impetrarlos, cómo demandarlos, cómo acceder a ellos y estaban en esta gran ciudad ignorantes de ello.

¿Por qué quise compartir esta experiencia con ustedes? Porque en esta experiencia hemos aprendido, primero, que la juventud tiene una tremenda vocación pública, siempre que haya algo que valga la pena. Las grandes ideologías de ayer no conmueven a los jóvenes de hoy, pero haga usted un llamado de esta naturaleza y tenemos una cantidad de jóvenes trabajando, cada uno con 30 a 40 familias. Y esas 30 ó 40 familias por primera vez han sentido que en la gran ciudad alguien llegó a verlos y a decirles "represento a la sociedad chilena, represento el país y vengo a ayudarlos".

Al comienzo no pensé que esto podía funcionar, quiero ser bien franco, porque me pareció que la forma clásica de decir "tengo esto, venga usted a impetrarlo", era lo lógico. Ahora este programa, que hemos denominado Chile Solidario, hemos elaborado algo más y se firma una suerte de contrato, por así decir, entre la familia y esta persona que ayuda en representación de la sociedad, de qué pasos hay que ir dando para superar esta condición.

Ayer he estado en el norte, entonces me mostraron, había en una localidad muy precisa, en Chañaral, 92 familias con las cuales se estaba trabajando y eran indigentes en Chañaral. Veintidós jóvenes tenían esta beca para seguir estudiando, no tenían idea que esto existía, varios de ellos han decidido terminar sus estudios primarios o secundarios, porque se dan cuenta que ese salto es indispensable y no saben los programas que hay para acogerlos. Es decir, no es un programa sólo asistencial de dar un par de pesos, hay

algo que se da, un bono solidario, si les digo las cifras me da vergüenza decirlas porque es demasiado baja, pero que no es eso lo determinante, lo determinante ha sido decirle "usted tiene un conjunto de derechos que da la sociedad chilena, úselos, y nosotros lo vamos a ayudar a ello".

Digo esto porque ¿cómo se comunica en la gran ciudad? Usted decía muy bien en la conversación que teníamos que, claro, ayer sé que estuvo acá René Cortázar y explicó lo que era la plaza moderna, la plaza virtual. A veces, a lo mejor, hay que volver a la fuente y este sentido de ir y golpear la puerta de la casa de esos indigentes, cualesquiera que sean, usted conversa con ellos, lo primero que le van a decir es que nunca creyeron que iban a golpear su puerta.

Entonces uno dice, bueno, hay todavía un espacio y ustedes en su evangelización lo que hacen es golpear la casa. Pienso que a ratos -lo hemos hablado con el Cardenal Errázuriz- hay una posibilidad de acción conjunta en el buen sentido de la expresión; porque cuando uno ve y cree que el aparato del Estado es todopoderoso para alcanzar ciertas metas, y cuando se está en el aparato del Estado se encuentra con tantas deficiencias, uno dice "entonces tiene que haber otros elementos". Y, claro, ustedes son herederos de la tradición de un Monseñor Larraín o de un Elder Cámara, que en su momento plantearon determinadas visiones para superar la pobreza. Pero hoy vivimos en otro momento, son otras las herramientas, iguales los objetivos.

Por eso me pareció tan importante este tema de ustedes, ¿cómo se hace evangelización en la gran ciudad? ¿Cómo se hace cuando son 5 millones, 8 millones en Bogotá, 15 ó algo así en México o Sao Paulo? Cómo se comunica y cómo se le enseña que, también en la gran ciudad, se puede tener y ser titular de derechos y exigir dignidad. Porque, en último término, da la impresión, que aquel modesto y pobre hombre o mujer rural tenían un sentido de dignidad en el campo, superior al que tienen en la ciudad, en su soledad. Esto hace entonces el desinterés, el arrancarnos a la droga, al alcoholismo, a la delincuencia.

Creo que el desafío que nos plantea la gran ciudad tiene que ver fundamentalmente con cómo somos capaces de expresar que ciertas instituciones están ahí, con la misma fuerza que antaño, pero actuando por caminos distintos. Ir a golpear la puerta de una casa y decirle, "esto es lo que usted puede hacer". Hemos denominado esto Proyecto Puente, porque es un puente entre esa familia indigente y los derechos que puede impetrar y, luego, cómo vamos construyendo el puente, paso a paso, en las distintas etapas que se dan en la familia. Es un programa en donde esta persona se supone que está a lo menos dos años con la familia. La idea es que después de los dos años, la familia esté en condiciones por sí sola de seguir actuando.

Si eso lo hacemos, si hay un entendimiento con instituciones como la Iglesia Católica para avanzar en esto, porque se llega a decirle "esto es lo que el Estado, la sociedad le da", pero hay también una labor de valores, de principios más profundos. En esos valores, principios, visiones, allí hay un largo y ancho punto de encuentro.

Cuando me invitaron a esta reunión no pensamos que íbamos a estar en este momento del mundo. No quisiera concluir agradeciéndoles esta invitación sin reflexionar brevemente que creo que estamos en una etapa muy difícil, donde buena parte de lo que construimos en el siglo XX, como es el sistema de Naciones Unidas, una institución

para el diálogo, está llegando a un nivel de rigidez tan fuerte que la ruptura de ese diálogo puede significar un daño muy grande en esa organización.

Por esa razón, hemos apreciado los esfuerzos tan grandes que ha hecho el Santo Padre, el Vaticano, y por esa razón también, en una mucho menor medida, hemos intentado poder llegar a una solución que nos parecía la adecuada, en donde, por una parte buscábamos de una manera efectiva que Saddam Hussein se desarmara y diera señales claras de ello, pero a cambio de su desarme, el compromiso entonces era que podíamos evitar la guerra.

Hasta hace un par de días estaba bastante más optimista que ahora. Ahora creo que, como se dice, a lo mejor un milagro nos permitiría avanzar, pero lo veo muy difícil. Vendrán, en consecuencia, momentos duros para la humanidad.

Frente a ello, entonces, la necesidad de entender que, no obstante las dificultades, el ser humano tiene que sacar ante estas consecuencias, una necesidad de actuar y converger de una manera mucho más unida. Cómo se hace esa mayor unidad en la gran ciudad, donde el hombre se siente tan solo, tan desamparado. Es en momento de este tipo de turbulencias y de crisis donde se busca un manto de protección. Ustedes han sabido, a lo largo de 2000 años, dar y extender esa protección.

También hay otra protección, que corresponde a la actividad pública. A lo mejor van a ser momentos en que ambas protecciones serán muy importantes para que el ser humano no se sienta tan solo en la gran ciudad. Quiero desearles mucho éxito en las tareas que van a tener y quiero decirles que me siento muy honrado por su invitación. Como Presidente, estoy muy contento de tenerlos aquí en Chile, un país que algunos años atrás tuvimos problemas y sufrimientos y que lentamente fuimos tratando de restablecer un sistema de convivencia democrática, que es lo que hoy tenemos. Tal vez es lo que nos ha permitido entonces tener también un cierto sentido de unidad nacional para las tareas que tenemos hacia adelante.

Por último, junto con desearles éxito en sus tareas, decirles que nos gustaría aprender un poquito de cómo ustedes quieren hacer ahora sus nuevas tareas en la gran ciudad. A lo mejor aprendemos nosotros cómo transmitir los cuentos de cada una de nuestras tribus para poder tener una mayor aceptación de parte de aquellos que deciden democráticamente cada cierto tiempo. Estoy seguro de que, si ustedes saben cómo llegar, van a hacer una labor de evangelización, pero también una labor de democratización, en el sentido profundo del término, porque aquellos a quienes lleguen se van a sentir formando parte de una ciudad, de una sociedad y de un proyecto país que tiene los valores que ustedes inculcan. Mucho éxito. Gracias.